

colorchecker CLASSIC

calibrite

mm

SESTO TRIMESTRE.

CAPILLADA 86. OCTUBRE 26 DE 1838.

FR. GERUNDIO.



Si quis dixerit hic non abundare simulacra, anathema sit.

Si alguno dijere que en España no se vuelve todo simulacros, le atravieso de parte á parte *con la capilla.*

CONC. 3. GERUND.

Un otro Simulacro.

La prueba mas luminosa y mas consolatoria de las simpatías que nos unen con los franceses es poner Fr. Gerundio los epígrafes á la francesa; lo cual no debe estrañarse, puesto que *Mr. Molé y Fr. Gerundio*, aunque dos Gerundios distintos, pues uno gerundia por un estilo y otro

FR. GERUNDIO.



Si quis dixerit hic non abundare simulacra, anathema sit.

Si alguno dijere que en España no se vuelve todo simulacro, le atravieso de parte á parte *con la capilla.*

CONC. 3. GERUND.

Un otro Simulacro.

La prueba mas luminosa y mas consolatoria de las simpatías que nos unen con los franceses es poner Fr. Gerundio los epígrafes á la francesa; lo cual no debe estrañarse, puesto que *Mr. Molé y Fr. Gerundio*, aunque dos Gerundios distintos, pues uno gerundia por un estilo y otro

por otro, al fin entre dos que gerundian siempre hay simpatías, que es á lo que él ha aludido siempre, y vds. sin duda no le han entendido.

Por otra parte diciendo yo, *Un otro simulacro* á la francesa, y no *Otro simulacro* á secas á la española, doy á entender que casi casi podia dar ya lecciones de idioma francés al mismo *D. Francolin*. Y mucho mas si cuento lo de aquel francés que vino por primera vez á España, y habiendo asistido al teatro una noche en que se representaba un sainete en el cual figuraba un sacristan llamado *D. Basilio* vestido de sotana, manteo y alzacuello, creyó que todos los que vestian aquel trage se llamaban *D. Basilio*; de modo que habiendo salido el dia siguiente á la calle, cada clérigo que veia (que no eran pocos) esclamaba como sorprendido: *un otro D. Basilio!* Andaba otro poco, encontraba otro eclesiástico, y volvía á esclamar: *le voilà un autre Dom Basilio!* Y como apenas podia dar un paso sin tropezar con un sombrero de canal y una sotana, repetía admirado: *¡ch futuro! an ista Ispaña tudo se torna Dom Basilio!*

Pues señor, luego que me dijeron, á mi Fray Gerundio, el domingo á medio dia que habia *un otro simulacro*, resolví ir á verle. Pero el diablo me tentó ir á pie, creyendo que el Sol en virtud del tratado *Elliot* que ya se estiende de uno á otro firmamento, me trataria con alguna humanidad: pero no fue asi, sino que me

trató á lo Cabrera. En el simulacro del domingo anterior no habia perros que paráran de frio: en el de este domingo el ciudadano Febo pudo tener intenciones de regalar un rancho de sesos fritos á los batallones, escuadron y batería que maniobraban, á costa de los cráneos de los concurrentes. No parece sino que ni el mismo Dios acierta á dar el punto á la temperatura de la atmósfera española. Falta que el domingo próximo, en que parece que habrá *un otro simulacro*, nos regale su divina Magestad una manga de agua, que si se le antoja, á ver quien es el guapo que le va á la mano?

Dicen los inteligentes que los movimientos, evoluciones, caigas y descargas &c. fueron ejecutados con soltura y maestría. Yo lo creo asi, por aquello de *peritis in arte credendum est*. Por lo demas confieso que no trataba sino de buscar una sombra en que guarecerme de los sactazos del Sol. ¿Y saben vds. lo que hice? Me puse al lado de un coche de la parte opuesta al ciudadano Apolo. ¿Quién diria que aquel coche y aquel Fr. Gerundio éramos *un otro simulacro* de un ministro y un diputado pretendiente? Pues no hay mas sino que asi era. Con tal que yo gozára á la sombra del coche, eso se me daba que la accion se ganára ó se perdiera. Si el coche se estacionaba, me estacionaba yo: si oblicuaba á la izquierda, á la izquierda me iba yo con él: si á la derecha, á la derecha: lo que yo queria era gozar á su sombra. Si

avanzaba, tambien avanzaba yo; si retrogradaba, retrogradaba yo tambien: si atropellaba por los sembrados, yo tambien atropellaba sin aprension maldita: con tal que yo gozára de sombra, el daño que se hacia al labrador me importaba un comino. En fin yo votaba constantemente con aquel coche, fuera por donde quisiera. Aquel coche era mi ministro.

Pero esto duró hasta que tuve proporcion de arrimarme á *un otro coche* que daba mas sombra. Entonces abandoné el primero, y seguí con la misma constancia al segundo, sin reparar en que su marcha fuese enteramente opuesta á la del anterior: con el que mejor me iba con aquel votaba. Los que tenian que sufrir el ardor del Sol, renegaban ya de lo mucho que iba durando el simulacro (que en honor de la verdad estuvo bien pesado): pero á mí, con tal que no me faltase la sombra, me era indiferente: asi los que gozan á la sombra de un ministerio, miran la guerra como *un otro simulacro*, y como dure la sombra, les importa bien poco que el simulacro dure. Aun habia quien deseaba que no se acabase nunca: tales eran los vendedores de agua, de bollos, rosquillas, y *almeдрitas del Pardo*; porque estos son *un otro simulacro* de los provisionistas, contratistas y hacendistas, que cuanto mas dure la broma, mas rosquillas despachan y mas monises embolsan. Allí ví al general Narvaez, con quien parece que se está haciendo *un otro simulacro*, mientras Ca-

brera atacaba á Caspe sin andarse en simulacros ni simulacras. Esta idea me desazonó, y no pudiendo sufrir tanta pesadez junto con tales recuerdos, traté de retirarme regresando por la pequeña poblacion llamada *Chamberí*.

Este es un simulacro de arrabal de la corte, donde concurre los domingos y fiestas de guardar la democracia de Madrid á pasar la tarde en juegos, bailes, títeres y meriendas; donde se celebran en fin una especie de romerías dominicales. Lo primero que ví en la plazuela que forma la poblacion, fueron los juegos de caballos, es decir, de los únicos caballos que no han quedado sujetos á la requisita segun la última real órden; animados por un simulacro de orquesta compuesta de dos clarinetes, un bombo y unos platillos. El bombo y los platillos los tocaban dos muchachas andrajosas, simulacro de nuestra prosperidad, que solian suspender los compases para comerse un buñuelo ó un melocoton. Los clarinetes el uno parecia el órgano de la opinion exaltada y el otro el de la moderada, segun lo desafinados que iban. Arriba en el salon de baile se oia otra música; otra se percibia adentro en el gran jardin de Minerva; otra allá hácia el corral de los bolatines; y para que se verifique que no hay funcion sin tarasca, tambien estaba allí la cuadrilla de estudiantes de la tuna que hace una temporada anda recorriendo las calles de la corte, con sus guitarras, sus pandeteras, sus sombreros viejos, sus manteos raidos,

su gerigonza y su humor jaranero. No me pareció muy bien que habiendo pasado san Lucas anduviesen de tuna como en las vacaciones; pero en fin (dije para mi capilla) menos malo es esto que si se quedasen por acá algunos oficiales sanos y robustos de los que habian de haber salido el otro dia para el ejército; que aunque en las oficinas hay tambien muchos que pudieran prestar un servicio activo, sin perjuicio de los inutilizados, eso no soy yo quien lo tiene que remediar, ni estoy ahora en el caso de hacer aplicaciones.

Lo que estaba en el caso de hacer era beberme una botella de cerveza en *Chamberi*, porque llegaba como suele decirse, reseco enteramente. Supuse que allí la habria y buena, por estar cerca la ponderada fábrica de santa Bárbara, y en efecto, en medio de un enorme rotulazo escrito en una pared, en que decia que allí se hallaban guisados, estofados, vino de Valdepeñas, ternera &c.; ví tambien *refrescos y cerveza de Sta. Bárbara*. No me pareció muy sublime el pensamiento de colocar los refrescos entre el Valdepeñas y un estofado; pero en fin, dije para mí; yo los separaré; y entré en aquella casucha, simulacro de fonda y de café al mismo tiempo, donde encontré á varios ciudadanos y ciudadanas embaulando trozos de ternera sin dárselos nada por lo que afuera estuviese pasando. Yo me metí en uno de aquellos nichos y pedí una *chica de cerveza* y un vaso de limon. Mientras venia, me dió gana de mirar á un de-

partamento que frente estaba, y me veo..... ¿á quién habia de ver? A mi buen Tirabeque con una pierna de un pabo entre los dedos y su correspondiente vasazo á la derecha, que no le iba en zaga en magnitud al *Jesus* que me ponian á mí en el convento. «Tate, tate; no hemos hecho mal descubrimiento!» Estuve observando el egercicio de sus mandíbulas y el menudéo de sus tragos, hasta que ya no pudiendo contenerme: «muy bien, Pelegrin, muy bien» le dije.—Ola, señor, contestó él volviendo de repente la cabeza; ¿ya está vd. ahí?—Sí, aqui estoy.—Y viendo que venia á incorporárseme, «no no, le dije; prosigue, prosigue en tu ocupacion.—Señor, cuando la obligacion llama todo se deja.

Y bien, vamos; ¿qué traías tú por aqui?—Vine á buscarle á vd.—Cierto que no tenias mal modo de buscarme estándote aqui metido: hubieras seguido hasta el simulacro y me hubieras hallado mas pronto.—Es que estaba aqui en observacion y á la defensiva.—¿Cómo á la defensiva?—Sí señor, á la defensiva: porque si vd. habia de pasar habia de ser por aqui; y esto era para mí la línea del *Ebro*.—Un poco *ébrio* si que me parece que estás tú. ¿Y por qué no avanzabas?—Señor, porque necesitaba comer, y estaba aqui el almacén de raciones.—¿Y no podias haber ido comiendo tu racion hasta encontrarme? Vamos; ¿qué respondes á eso?—Señor, mucho tarda el mozo en traer á vd. lo que haya pedido.—No

tarda poco ; pero anda que mas tardan otras cosas que importan mas. El año pasado por este tiempo sali6 un decreto para que la Milicia Nacional estuviese en ciertos casos á disposici6n de las autoridades militares, y hoy mismo ha salido otro declarando qué casos son esos. ¿No te parece que ha corrido bien la tal aclaracion? Y se estrañará que tarde un mozo en servir un refresco !

Pero no sirva esto para que eludas mi pregunta. ¿Por qué no avanzabas á buscarme comiendo por el camino la racion que habias de comer aqui, esponiéndote á que yo pasára sin verme?—¿Qué miserable es esta casucha , señor! Aquí una pared cayéndose , allí una mesa cargada de comida , aquí un banco roto.....—Déjate , que si siguen los simulacros y la concurrencia , no tardarás muchos años en ver esto convertido en una buena fonda , porque estos establecimientos son el simulacro de las facciones , que empiezan por partidas de andrajosos , y concluyen si las dejan , por ejércitos disciplinados y respetables. Pero vamos ; ¿por qué no avanzabas? —Mozo , á ver si despachas ligero á mi amo.

Vino en fin el mozo con la cerveza y el limon. Aquella era buena ; pero éste..... voto á Sta. María Egipcíaca que ni aun mezclado con la cerveza se podia atravesar. Hay bebidas tan ingratas y amargas , que ni fundidas con otras , ni á pesar de la sed mas ardiente se pueden

resistir: fusiones imposibles, porque el amargo de uno de los ingredientes domina en términos que á aquello y no mas sabe la bebida: no parece sino que el mozo se propuso darme á beber un simulacro de fusion carlista, representada por aquel pícaro limon, ó que habia equivocado el papel del azucar por algun otro en que tuviese acibar para destetar algun niño. Ello es que preferí venirme con sed, á transigir con aquella fusion en simulacro.

No bien habíamos salido de allí, cuando una buena alma nos avisó que fuéramos con cuidado, porque se habian escapado algunos de los toros que traian al encierro para la corrida del lunes, y andaban desbandados por las tierras. Eso, le dije á Tirabeque, es *un otro simulacro* de lo que sucede con los presos por conspiradores. Cuando estan próximos á ser juzgados por la ley y á espiar su delito, por fás, ó por nefas siempre se escapan la víspera; y el pobre á quien cojan escarriado por un camino es el que paga.—Señor, á un toro así suelto debia tirársele un tiro donde quiera que se le encontrára, porque sinó es espuesto que haya mil desgracias.—De ningun modo, Tirabeque; aunque ese toro embanastára á media docena, nadie seria osado á matarle, porque es preciso que muera mañana juzgado por el tribunal de Montes y Miranda con todas las formalidades de la ley. Eso es *un otro simulacro* de lo que se hace con nuestros

criminales. Si se les coje, no hay sino incorporarlos con escolta de cabestros á la vacada, ¿no ves lo que ha hecho nuestro gobierno con el hijo del marqués de Horcasitas desbandado de la faccion Negri, que desde Badajoz le ha conducido á la corte con su correspondiente escolta de cabestros para el Norte hasta incorporarle en sus filas? Créete, Tirabeque, todas estas cosas son simulacros unas de otras.—Señor, por lo visto todo se vuelve simulacros.—¡Ah, Pelegrin! ¿No lo sabes tú bien! mira, voy á decírtelo en el francés que sueles hablar tú para que lo entiendas y lo tengas presente: *¡eh futro! an ista ispagna tudo se torna simulacres.*

Las aguas de Madrid.

En esta conversacion de palabras verbales de boca veniamos por el paseo de Recoletos abajo hasta encontrarnos con la famosa fuente llamada *la Cibeles*.—Señor, me dijo Tirabeque, con licencia de vd. voy á beber un vaso de agua, que vengo abrasado.—¿Tú quieres perder el juicio, Tirabeque? ¿Quieres olvidarte de que eres lego? ¿Quieres volverte tonto?—Señor, no me disgusta que vd. hable asi, porque es señal de que no soy ahora tan tonto como vd. me hace otras veces. ¿Pero por beber agua me habia de volver tonto, señor?—Si, Tirabeque; sábeta que estas aguas, el

vapor solo de estas aguas emborracha como el vino, adormece como el opio, y enloquece como el beleño. Sábetete que estas aguas atontecen, embobecen, estupidecen como las aguas del infierno: ¿no has bebido tú nunca las aguas del infierno?—¡Jesus, ave-maría purísima, señor! ¿Qué es lo que vd. dice?—Lo que oyes, Peregrin. Pero ya que no las hayas bebido, á lo menos tendrás noticia de un rio del infierno.....— Señor, disimule vd. que le diga que el que se va volviendo tonto es vd. ¿No ve vd. que en el infierno no hay mas que fuego, señor?—Eso es en el infierno de los cristianos, majadero. Yo hablo del infierno de los gentiles.—Eso es otra cosa, mi amo: como nosotros somos cristianos, creí que hablaba vd. por el infierno nuestro.—Pues sí; sábetete que en el infierno de los gentiles habia un rio que le llamaban Letéo, cuyas aguas tenian la virtud de hacer olvidar todo lo pasado. Si esto lo sabe cualquier lego, hombre. Y esta fuente tengo para mí que ha de traer origen de aquel rio, porque sus aguas tienen la misma propiedad.

Los que no estudiais las causas de los sucesos, veis las cosas y os pasmais, porque no inquirís, no inquirís el origen de ellas. Tú, por ejemplo, verás venir un diputado de su pueblo lleno de fogosidad y patriotismo, rebosando solo deseos de buscar medios para acabar la guerra; le verás venir detestando la venalidad.... ¿tú sabes lo que es venalidad?—No señor.—No importa, mas vale

que no lo sepas. Le verás venir afectado de la miseria de los pueblos; renegando con toda su alma del espíritu de partido, propalando union por todas las coyunturas de su cuerpo, maldiciendo la falta de pureza en el manejo de nuestros recursos, afeando la obstinacion de un ministerio en guiarnos por una senda torcida que conduce á un abismo. Viene á Madrid, y á poco tiempo le verás hecho un pazguato, sin acordarse de guerra ni de nada, abriendo la boca en las Cortes, votando á lo tonto y hecho en fin un santo de Francia. Pues mira, lo mismo es ver yo eso, que digo: «vaya, este ya bebió las aguas de la *Cibeles*: este ya está tonto.»

Oirás ponderar á un general de valiente, decidido, impertérrito, activo, infatigable; de hombre que no conoce mas partidos que el enemigo y su espada; de un génio en fin para la guerra. Viene á Madrid, le llegan los vapores del agua de la *Cibeles*, y á los pocos dias ya no es él ni su figura; ya está tonto: se acabó aquel hombre.—Y tanto como hay de eso, señor! Con muchos ha sucedido! Malditas aguas! Ya no quiero yo beber de esa fuente: vamos, vamos á la otra que se vé allí mas adelante en el Prado.—Te es igual, Pelegrin, porque todas traen una misma procedencia. Si este Prado es *un otro simulacro* del infierno: ¿tú creerías que se habian acabado los simulacros; hé! —Si que lo creí, señor.—Pues no; mira, cinco rios habia en el infierno que te he dicho; el Aque,

ronte, la Estigia, el Cocito, el Hegetonte y el Leteo, y cinco fuentes hay en este Prado; la Cibele, la de Apolo, la de Neptuno, los Niños y la Alcachofa.—¡Ah señor! Y las tropas de Narvaez que estaban tendidas el otro dia por todas esas fuentes adelante, ¿se habrán atontado tambien?—Si estuvieran mucho tiempo en Madrid y sus alrededores no respondo yo que no se embobáran algo. A lo menos el gobierno puede que eso se haya propuesto.

Lo cierto es, Pelegrin mio, que estas aguas de Madrid son capaces de hacer á uno olvidarse de su padre y de su madre. En diciendo que uno se mete en Madrid ya no se acuerda ni de que hay España, ni de que hay guerra, ni de que hay hambre: aqui de lo que se trata es de vivir. ¿Facciosos? ¡Ah, estan lejos, aqui no vienen, y aunque vengan no hay cuidado. ¡Malditas aguas!—Sí señor, sí ¡malditas aguas! *Simulacres* de las aguas del *infern*!

Cachaza engorda.

DIÁLOGO ENTRE FR. GERUNDIO Y LOS
MINISTROS.

Señores, que esto está muy malo.—Aprension de vd., Padre.—Señores, que no es aprension,

que los facciosos hacen mil atrocidades y nadie les contiene.—Pues hacen mal los facciosos en eso.—Señores, que cuatro miserables descamisados cobran impunemente contribuciones en los pueblos de Castilla y roban, y talan, y maltratan, y asesinan.—Sí, sí, son canalla los tales facciosos.—Miren vds. que los pueblos se dejan sacrificar; porque dicen que el gobierno los abandona, y no se atreven á defenderse.—¡Pobres pueblos! ¡Estas guerras civiles son fatales!—Es que los paisanos viendo que los facciosos roban impunemente, prefieren robar con ellos á ser robados en sus casas. Mal hecho: el robo siempre es un exceso.—Es que así se aumentan las facciones, como sucede en el valle de Tietar que un *quidam* llamado Chabes empezó con tres hombres y hoy trae ya 300.—¿Qué quiere vd.? Hombres de mala inclinacion... —Señores, que Cabrera acaba de asesinar bárbaramente á noventa sargentos prisioneros, y ésta sangre clama al cielo; esto ya no se puede sufrir.—Hace mal Cabrera; esa ferocidad le hace muy poco favor.—¿Pero vds. no toman medidas fuertes para castigar á ese tigre y á otros que son como él?—No se acalore vd., Fr. Gerundio, que cacha-za engorda.—Vayan vds. al demonio, hombres.

